EL DRAGÓN DE LANCE

CUENTO

HABIA reunido a fuerza de trabajo, de inteligencia y de tacañería, todas las monedas del pueblo: las de oro, las de plata y las de cobre. Cuando vió que en el pueblo ya no quedaban más monedas que reunir, lo dejó y se marchó a la ciudad. Y después de esa ciudad a otra. Y a otra más. Hasta que se hizo con el dinero de las tres. Era tanto, que, aunque nuestra hombre había sido siempre un ambicioso insaciable, cierta mañana, de buenas a primeras, se dió por satisfecho.

—Ya no voy a trabajar más—se dijo.

Y cumplió su palabra.

Entonces comprendió que había que poner su dinero a buen recaudo. Y como era en aquellos remotos tiempos en los que la edad del mundo se contaba con tres cifras de las pequeñitas y no había Bancos ni cajas de caudales, y este hombre nuestro era un hombre enteco, flacucho y sin músculos, decidió confiar su tesoro a quien pudiera defendérselo. Y se fué al mercado de dragones. El mercado de dragones estaba muy lejos, en una esquina de la tierra, y es fácil imaginarse lo que le tocaría andar para llegar hasta él. Invirtió muchas lunas. La tenacidad, sin embargo, es una virtud de las buenas, no como la prudencia, por ejemplo, que no sirve para nada y, gracias a ella, Olid amaneció un buen día en las proximidades del mercado. No pasaron muchos minutos sin que se le acercara un horterilla de los de aquella época y le preguntara cuáles eran sus deseos. Nuestro hombre, claro, repuso:

—¿Tienen dragones?

El horterilla le contestó:

—Sí, y de las mejores clases.

Olid añadió:

—Pues a ver si nos arreglamos y me pone uno en un papelito.

El horterilla rió, cortésmente, la gracia, y, seguido de Olid, penetró en el mercado. Había dragones a docenas, a centenares. El horterilla explicaba las diferencias entre unos y otros: unos echaban llamas; otros, azufre, y los más baratos, humo. Había dragones con párpados y dragones sin párpados, de visión rápida, especial contra ataques inesperados. Olid señaló a uno con cuerpo de submarino culebreante y el lomo lleno de escamas de esas que sirven a Flip el Rana de xilofón en las películas de dibujos animados.

—¿Muge?—preguntó.

—Sí, y mucho—le respondió el vendedor.

Y, en efecto, no había acabado de decirlo cuando, ¡brammm!, el dragón abrió su bocaza y estremeció los aires con un alarido horrísono.

—Bien, bien—comentó Olid— Está bien. (La verdad es que se había asustado un poquito.) ¿Cuánto vale?

El horterilla, al tiempo que palmoteaba jovialmente la trompa del dragón, dijo:

—Se lo puedo dejar, por ser para usted, en cincuenta dineros.

—¿Cincuenta dineros? ¿Cree usted que soy idiota?—le replicó Olid coléricamente.

Y sin querer saber más, se despidió del encargado.

—La vida está imposible—refunfuñó al salir.

Marchaba ya hacia sus lares cuando se le acercó un viejo raído y sombrío, que, con ese acento que conocemos bien todos a los que nos han sido ofrecidas postales escabrosas, novelas desvergonzadas para leer un renglón sí y otro no, morfina o *El Murciélago*, murmuró quedamente en su oído:

—Tengo lo que usted necesita.

—¿Sí?—preguntó nuestro hombre, sin interrumpir su paso.

—Acompáñeme y lo verá.

Y así lo hizo. No hubo mucho que andar: el depósito estaba cerca.

—¿Ve usted aquel dragón?—indicó el agente—. Diez dineros y es suyo.

A nuestro ricacho le bailaron los ojos, de alegría.

—Diez dineros—repitió sin modular apenas las palabras.

Y contempló, como si no le interesara la oferta, el aspecto del patio. Unos obreros afilaban las garras de un dragón gigantesco. Un árbol corpulento, de labio a labio, impedía a otro dragón cerrarlos.

—¿Qué le sucede?—inquirió Olid.

Y su acompañante contestó:

—Le están arreglando la voz. Bramaba desafinadamente.

Olid vió, en efecto, a los operarios entrar y salir por la boca del monstruo. Para salir utilizaban su lengua y se deslizaban por ella, cuesta abajo, en un tobogán divertido y *sui generis*.

—¿Y... cómo es que pueden venderlos tan baratos?

—Es que no son nuevos—confesó, ruborizado, el traficante.

—¡Ah!—repuso Olid.

Total: que se arreglaron pronto. Hubo unas pruebas preliminares. Dos operarios de la casa se vistieron de guerreros y provocaron al dragón elegido. El dragón rugió de un modo precioso y dió unos cuantos coletazos en el vacío.

—Es fiel como un perro—aseguraron.

Olid.

—¿Y por qué nombre responde?

—Por el de *Teddy*. ¡*Teddy, Teddy!*—dijo Olías.

Teddy rezongó amistosamente. Olid pagó sus dineros e inició su retorno al hogar. Iba caminillo adelante, bajo los telescopios de las estrellas. El caminillo lengüeteaba en la tierra como un gato en el agua. La tierra se sentía un poco funámbula con las sombrillas de los pinos. A la derecha del sendero bullía todo el borrón del bosque. Olid caminaba tranquilamente hacia su casa. Silbaba una canción banal. *Teddy* le seguía, uncido plácidamente al extremo de una cuerdecilla. Parecía un buen dragón: se había empeñado en llevar a patadas, hasta el fin del trayecto, un guijarro formidable. Hasta entonces no descubría otro defecto que el de su obstinación en pararse, inurbanamente, junto a todos los árboles del camino.

Olid tenía un hijo, que se llamaba Jetsé. Jetsé era un muchacho apicarado y tuno, que buscaba con afán por los contornos una mozuela que echarse de novia, sin encontrarla. Cuando vió llegar a su padre, corrió a su encuentro y le abrazó, lleno de júbilo.

—¿Qué te parece?—le preguntó Olid, y le señaló al dragón.

Jetsé lo contempló maliciosamente. Después se relamió de gusto.

—Bien, me parece bien—repuso.

Ocultó su alegría como pudo, pero la verdad es que aquella noche apenas si concilió el sueño. Remozó, durante el insomnio, todas las leyendas de su niñez. En su imaginación, al rojo, gnomos, hadas, enanos y princesas bailaron una zarabanda deslumbradora. De mañana ya tenía concertado su plan: mataría al dragón a toda costa. *Teddy* debía guardar en su seno, como todos los